



PACHO O'DONNELL

“Monteagudo
se parece mucho
al Che Guevara”

Página 3



CONTRATAPA

*Teddy y la
triquinosis,*
por Luis Soto

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 81 | JUEVES 20 DE JUNIO DE 2013



Juan Carlos
el escritor que hizo literatura con el futuro
Martelli

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

LA VIDA COMO UNA TELENUEVA, EN LA SATÍRICA PLUMA DE RONCAGLIULO

Con el leitmotiv de Woody Allen de "la vida imita a la televisión" como guila, el escritor peruano Santiago Roncagliulo se despacha con la sátira *Oscar y las mujeres* (Afiaguara), una novela que se columbia entre el guión de un celebrón con todas las de la ley y la vida de su autor, el neurótico, maniático e hipochondriaco Óscar Colfatto. Inicialmente editada por entregas cual antiguo folletín pero

en formato digital, para Roncagliulo (Lima, 1975), fue "un homenaje a los personajes como Oscar, que tienen que ganarse al público capítulo a capítulo". En cada capítulo el lector se adentra en la aparente rutinaria vida de un guionista que supo gozar de la fama y que ahora, tras una separación, debe lidiar con un nuevo guión, su jefe-productor, un hijo preadolescente y un abanico de mujeres.

2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 20 DE JUNIO DE 2013

Juan Carlos Martelli

el escritor que hizo literatura con el futuro



→ LEONARDO HUEBE

En los primeros años de la década del setenta aparecieron las dos novelas más importantes de Juan Carlos Martelli: *Los tigres de la memoria*, ganadora del Premio Internacional "América Latina" que tuvo como jurados Juan Carlos Onetti, Augusto Roa Bastos, Julio Cortázar y Rodolfo Walsh, publicada en 1973 por Editorial Sudamericana (adaptada al cine en 1984 con la dirección de Carlos Galettini) y *El Cabeza*, publicada por Editorial Corregidor en 1975.

En ellas, el autor presagia la violencia política en los años que vendrían y el desenfreno sangriento y cruel del terrorismo de estado. Logra ver como el crecimiento y la consolidación de las guerrillas en Latinoamérica, así como el de los elementos parapoliciales en la Argentina, cambiaría aquí el destino de ese período de democracia entre dictaduras; pero también ve como empezaba a aprovecharse de esos cambios uno de los oficios más angustiosos y prósperos en la historia de la humanidad: el de los contrabandistas.

En *El Cabeza* aparece este diálogo:

—¿Y vos creés que los muchachos subversivos necesitan de El Vasco para un negocio a escala mundial?
—Le pedimos a El Vasco que se abra. Si lo necesitan o no, no es cosa nuestra.
—Yo nunca estuve en el asunto.
—Salvo cuando armaste el pase de las armas que los Tupas le afanaron a la armada, por tren, vía Formosa para el Inj Per en Bolivia. Salvo cuando descubriste esa vía que ahora es tuya: Formosa, Oeste del Paraguay, Bolivia, vuelta o pase a Brasil.

—No anduvo esa operación. Las armas quedaron en Uruguay.

—Esa operación no anduvo. Pero la otra sí. Y sigue. Vos, Cabeza, tenés 320 pistas de aterrizaje.
—Mis socios.
—Vos, Cabeza, sos el único que no tenés socios. Por eso te elegimos.

En *Los tigres de la memoria*, es el párrafo:

“Cuando me retiré, no me evadía del pecado, ni mucho menos del error, y menos aún de la agresión a una sociedad imbecil; no me evadía de los que me perdonaban, ni de los que querían matarme, sino de mí mismo, de mi propio hartazgo por los juegos. Yo quería estar sólo, no hacer mal a nadie, menos a mí mismo, a nadie, menos a mí mismo. Estaba harto del dolor. Y sin embargo, en Buenos Aires, a través de mis hijos, temí un nuevo peligro. Yo no era para ellos ni malo ni bueno, sino un tipo digno de alguna comprensión. Y esa comprensión me enfermaba. Me enfermaban las clases de política. La posible justificación de la violencia. Yo siempre había sido violento, pero alegremente culpable. Y

ellos me inventaban una violencia sin culpa. Fue demasiado para mí. Preferí el retiro. El mar. Aquí. Hasta que las bestias vinieron a molestarme”.

En *Genie del sur y Gervemari*, las precuelas de *Los tigres de la memoria*, Cralos es un joven delincuente y revolucionario, romántico y delirante, encendido por las pasiones y los calores del Caribe, que trafica drogas, que mata, que hace alianzas y traiciona.

Por el contrario, el Cralos de la tercera parte es un hombre mayor que ha elegido retirarse en una playa perdida en la costa atlántica del sur bonaerense. Allí, junto a Don Antonio, regentea un boliche a metros del mar. Pasan la vida tranquilos, sin problemas, casi sin clientes, adormecidos en salitre, sin pasados y sin deseando perder, sin pasados y sin deseando.

Pero un día llega a esa playa El Gordó Rosasco, ese policía corrupto, ese policía violento al que le ha tocado una época de emancipación para sus excesos, ese policía que necesita de la ayuda de Cralos para una operación denarcotráfico.

Y sus aprietos y chantajes hacen que se liberen de su jaula, justamente, los tigres de la memoria.

En cambio a *El Cabeza* le ha llevado veinticinco años ser lo que es: leyenda. *El Cabeza* trafica libremente desde alpiste hasta heroína por la mitad de las rutas del país, ha logrado ser temido por sus adversarios y para sus aliados su palabra vale más que la de Dios. Martelli podrá detenerse y escribir la novela desde aquí, desde el poder, pero la verdad es que utiliza este detalle como herramienta para mostrarnos la confusión de su personaje ante el cambio de paradigma en la forma de delinquir.

El Cabeza es traicionado por alguien a quien aprecia y respeta (lo que lo obliga a declarar una guerra para la que se siente cansado), no logra controlar la avaricia de sus segundos ante los excentricos beneficios de la venta de armas a las nuevas guerrillas latinoamericanas y lo incommoda la penetración extranjera en sus dominios. Para colmo de males, *El Cabeza* se en-

amora, y ese amor lo hace soñar con el retiro.

Y como todos sabemos, a los jefes no se les permite retirarse. Apenas se les nota este anhelo se les desprecia; a veces, hasta se les mata.

Martelli, que seguramente lo ha querido, casi al final del libro regala este párrafo: “Vendré, pero el que lo espera será un tipo solitario, tirando a viejo y gordo; contento de estar en estado; más sólo que un perro, obligado a traicionar para sobrevivir. Se estila. Es el estilo de los jefes. No merece esta noche perfecta, la adrenalina, el miedo, el odio, el estado de acecho; no merece este lujo de animal salvaje; estas garas que le crecen; la alegría. Es un burócrata que pide momentos de gracia”.



MARIO ORTIZ PRESENTÓ SU ÚLTIMA OBRA

Cuadernos de lengua y literatura. Volúmenes V, VI y VII, el último tomo de una gran obra comenzada hace más de diez años por el escritor bahiense Mario Ortiz, fue presentado por el escritor Anibal Jarkowski, el crítico Nicolás Vilela y el propio autor. Los cuadernos, ordenados en un libro publicado por Eterna Cadencia, se dividen en los volúmenes *Al pie de la letra*, *Crítica de la imaginación*

y *pura y Tratado de filología*, cada uno con sus capítulos, partes, estudios y anexos, donde Ortiz conjuga la observación del mundo, el trabajo con la memoria personal y la reflexión sobre lo que llamamos realidad. "Creo que la tradición está allí no solamente para leerla, sino también para hacer usos extraños de ella, volver a descubrirla y jugar con sus posibilidades", dijo Ortiz.

JUEVES 20 DE JUNIO DE 2013 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Pacho O'Donnell

“Monteagudo se parece mucho al Che Guevara”



JUAN RAPADUIU

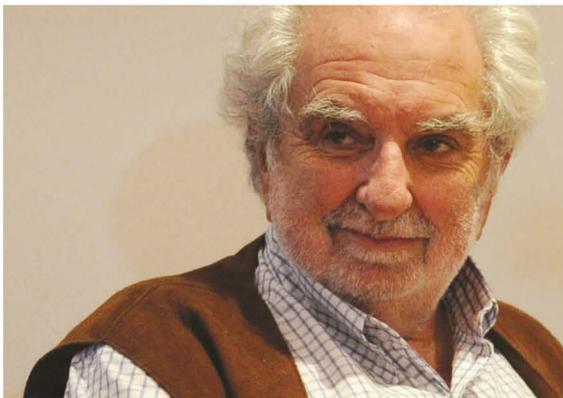
En *Monteagudo*, el historiador Mario “Pacho” O'Donnell hace foco en la intensa vida del político, escritor, militar y revolucionario argentino—figura clave en los procesos independentistas del Río de la Plata, Chile y Perú—, para ubicarlo como uno de los pioneros de la unión americana.

“Todos mis libros son reivindicadores de personajes maltratados u olvidados por la historia que siempre nos contaron, o sea la oficial: una historia que se escribió cuando terminaron las guerras civiles”, dice el autor en diálogo con *Télem*.

Y sostiene: “es la historia del pensamiento único, que jerarquizó a ciertos personajes, disminuyó a otros, bautizó calles, avenidas y parques, escribió programas de colegios y universidades, y muchas cosas más. Mis libros apuntan a revelar esos otros personajes que coincidieron en la posición de intereses con los sectores populares”.

“El caso especial de Monteagudo tiene que ver indudablemente con la propuesta americanista que tenía—explica el historiador—. Una propuesta muy distinta a la de los vencedores de las guerras civiles, que pretendían hacer de la Argentina un país sujeción a los intereses de Gran Bretaña. Monteagudo tenía muy clara esa diferencia”.

Bernardo José de Monteagudo, nacido un 20 de agosto de 1789 en Tucumán y asesinado en Lima un 28 de enero de 1825, a los 35 años, fue uno de los líderes de la Revolución de Chuquisaca del 25 de mayo de 1809, de cuya proclama, además, fue redactor,



PACHO O'DONNELL. “MONTEAGUDO SE JUGABA LA PROPUESTA AMERICANISTA EN TÉRMINOS DE VIDA O MUERTE”.

debido a su incesante actividad como escritor de su época.

Fue una figura influyente en la Asamblea del Año XIII y acompañó al liberador José de San Martín como auditor del Ejército de los Andes. Además, fue el redactor del acta de independencia de Chile que proclamó Bernardo O'Higgins en 1818, y en Perú fue ministro de Guerra y Marina. Finalmente, fue colaborador del libertador Simón Bolívar y desarrolló una visión americanista de la revolución hispanoamericana.

“Era una persona con una impresionante capacidad de convencer a las grandes figuras de la revolución americana, alguien indispensable por su lucidez, su forma de explicar las cosas, su manera de ideologizar con su magnífica pluma”, señala O'Donnell.

Y explica: “era un hombre pasional, con una vida pasional. En el año '95 escribí un primer libro sobre él: ‘Monteagudo, la pasión revolucionaria’. Quedé tan interesado en su obra y vida, que aun

después de haber publicado ese libro, seguí investigando. Por eso este libro no es una reedición sino una reescritura. Acá pongo el eje en el tema del pionerismo de la unión americana”.

“Su vida fue, sin dudas, novelesca y romántica—define el autor—. Un hombre que, cuando muere asesinado a los 35 años, ha visitado en Europa, recorrido Centroamérica, ha estado a la vera de San Martín, de Bolívar, alguien con una experiencia vital extraordinaria, un personaje apasionante”.

En ese sentido, apunta el historiador, “Monteagudo se parece mucho al Che Guevara, que escribió todo lo que le pasaba. Es el personaje principal de un relato apasionante y al mismo tiempo trágico”.

“En la aproximación de los países americanos que estamos viviendo, se impone el recuerdo de Monteagudo—afirma el autor—. Es uno de los iniciadores de ese pensamiento. Pero no era sólo un teórico, era un civil entre militares, que se jugaba en términos de vida o muerte”.

Según O'Donnell, “su campo era el de La Patria Grande, donde no se divide a la gente en colombianos, argentinos o peruanos, se divide entre quienes están a favor o en contra de la revolución”.

Mario “Pacho” O'Donnell (1941) es historiador, escritor, dramaturgo y médico especializado en psiquiatría y psicoanálisis. Entre sus muchos libros de historia figuran: *El Próximo* (2003), *Juana Azurduy, la Teniente Coronela* (1994), *El descubrimiento de Europa* (1992), *El águila guerrera* (1998), *El rey blanco* (2000), *Juan Manuel de Rosas, el maldito de nuestra historia oficial* (2003), *El Che Guevara* (2003), *El libro de los valientes* (2004) y *Artigas, la versión popular de la Revolución de Mayo* (2012).



ANTROPOLOGÍA Y LITERATURA SE UNEN EN EL PÁJARO DE HUESO

El pájaro de hueso (Mondadori), la última novela de la escritora y antropóloga social María Carman, desata una búsqueda que parte de la certeza de la muerte y atraviesa la geografía argentina, la última dictadura militar y una comunidad indígena. La novela parte con Manuel, un periodista de 26 años hijo de desaparecidos al que le descubren un cáncer terminal. Con la muerte a cuestas se

propone conocer una verdad latente desde hace tiempo: un hermano gemelo, al que busca encontrar antes de su partida. Empezó así un viaje revelador a la provincia de Formosa. Con la muerte como motor y lejos de caer en desdicha, la novela cruza dos mundos contrapuestos, el del joven y el de la comunidad Goom, en la que se inscribe su gemelo, Agustín o araganak Ita'a, el padre de las víboras

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 20 DE JUNIO DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ LUIS SOTO



Teddy y la triquinosis

Familia que no ha sabido defenderse de Dios y de la triquinosis. Me siento ajeno. Pagué caro ese derecho. Medio siglo después, hoy nos separa esa misma ideología, impuesta por abuelo Ignacio. Te escribo para entender qué nos ha sucedido. Venimos de vasos de mar y campo. Los Baricentia fueron pesca permanente en Guetaria, caza ocasional en los Pirineos y sobre una ladera del monte San Hortensio, cría de cerdos y gallinas. “El futuro es la familia. El amor está en la familia. Los mayores y Dios nos guían”, pontificaba abuelo. Estoy seguro de que para él la fórmula conductora era “yo y Dios”. Leal a sus principios, casó con prima Antonia. Tuvieron siete hijos. “Los niños, a la escuela, pero sólo hasta que han aprendido a leer y escribir. Después, que ayuden a que crezca la Alcaldía de Baricentia”, decretó. A la casa no entraban médicos, tampoco remedios. La triquinosis atacaba los cerdos, pero a nadie se le ocurría consultar a un veterinario. “Esos tíos no saben nada y te sacan un ojo de la cara”, advertía abuelo. Y como seguían comiendo costillas y facturas con larvas enquistadas en los músculos, pues terminaban perdiendo los dos ojos. Entre 1910 y 1950 seis miembros de la familia quedaron ciegos. Otro hecho pasó a aislar a los Baricentia. De los más de mil vecinos de origen vasco del pueblo, sólo había un par de franquistas. Uno de ellos era Aitor, nuestro padre, jefe de tremendas discusiones. Uno de ellos era yo, los varones, sometidos a la censura. La estoy viendo: salteaba morroñey cantimpalo para una tortilla. En eso entró él, tomó una rodaja de chorizo, la comió, le dio una bofetada a Mercedes y la mandó a la cama. Nunca más se hablaron.

Prefero no decir algunos detalles. Pero hay uno que no voy a eludir. ¿Te acuerdas por qué caí preso? “Siento vergüenza de que un rojo duerma bajo el mismo techo”, gritó padre, agosto de 1947, en la barbería. Había encontrado

una hoja socialista en mi ropero. Un cabrón hizo la denuncia y terminé en el penal de Burgos. Sólo Mercedes me iba a visitar. Cuando me liberaron, en 1956, sentí que necesitaba escapar del oscurantismo de padre y de la condena requerida: vivir con mordaza o volver a presidio. Fui el primer Baricentia al que se permitió estudiar. “Este no tiene salud para trabajos de fuerza, pero le sobra seso”, diagnosticó abuelo. Me preservó el mal agüero de la tisis. Con el título de profesor de historia en la chaqueta embarqué en el Cap Arcona. Mercedes me fue a despedir. Túno. Meradique en Balcarce, cerca de sierras y no lejos del océano. Habitado a una familia de más de treinta miembros, aún en una pieza compartida con un sastre polaco, me sentía solo. La única compañía que no anoré fue el viento, frío y húmedo. “Deberías sentirte cómodo: de las ocho letras de Balcarce, siete están en el Baricentia”, alentaba el rector de la secundaria donde recalé en una cátedra.

Gracias a ese empleo pude ahorrarme unos pesos para que viajaras tú. Hoy lo veo como un gesto desesperado, apuesta sin fundamento. Tu arribo ayudó a perseguir a las garras de jugar pelota a paleta. Pronto encontramos esposa criolla. Ustedes tuvieron dos hijos. Pero no había campo de acción para mí en Balcarce. Quería llevar una vida diferente. Tú no te animabas a renegar de las ideas del “alcalde”. Nació Miguel y dijiste: “para qué mandarlo a la escuela?”. Sentí que más allá de la paleta y de saborear el bacalao preparado a la manera de Zarazul, estaba tan solo como antes de tu llegada. Somos muy distintos. Se acentuó tu apego a las costumbres de familia. Compraste a crédito unos lotes para montar una modesta chacra. “Este es otro país, vinimos a ser otra gente, merecemos una vida nueva”, me harté de machacar en vano. Mi esposa y yo nos instalamos en Tandil. Me sentí apático y un día (mía) en tres años. Me golpeo hondo saber por carta de Mercedes que enseñas a tus hijos a hablar en vasco. “Que no se pierda la lengua de casa”, dices. Abuelo retrógrado y padre franquista ha-

blaban esa lengua, que nunca sirvió para el diálogo. Ellos nos corchearon la lengua. No lo olvido. Ni me dejan olvidar. Como si me persiguiera la Guerra Civil, una ola de secuestros y asesinatos cubría que aquí, en este abril del 75, se aproxima, y en puntas de pie, una dicadura bendecida desde el confesionario. No sé si tengo ganas de verte. A mi cargo queda si cabe respuesta.

El viejo nos dividió. Gonzalo. Es cierto que hoy somos muy distintos. En aquel momento no estaba tan claro. El abuelo y el viejo resolvieron que de los dos, vos eras “el inteligente”. Una radiografía de pulmones te salvó de la mili, de rebajaste a vestir el uniforme pardo. Mezcla de perro y asno, yo hombrea cagnos de pescado y sembraba legumbres. Vos leías “Plano” como así un libro de periodismo. Pero uno crece. Aunque apruebo la educación del alcalde, no la im-

pongo. Miguel se niega a que su porvenir esté en la chacra. Que elija rumbo. Yo me ocupo de Fermín. La Biblia habla de las anunciaciones. Un día, otoño de 1972, me presentaron a un cazador yanqui. Buscaba perros. Si no había pointers, que fueran baquinos. “Exijo fino olfato y rescate impecable de la presa”, explicaba. Esa fue mi anunciación. Aitor me convirtió en su perro, perro sirviente, dispuesto a lamer la mano del amo y a pelear con el enemigo. Mercedes se dio cuenta. ¿Vos no? Como revancha quisé hacer de Fermín un profesional respetable y bien pago. Su olfato siempre sombró. Mi mujer es de origen armenio. Narices importantes. Además, y vaya uno a saber por qué, a los 13 mi hijo aún no ha cambiado todos los dientes. Los caninos de arriba son de nacimiento. Si después del disparo la presa no la muertero resiste, los dientes y las garras del perro pueden lastimar. Dodos hábiles y dientes de leche son una yunta insuperable. Ahílo empecé a adiestrar. El coronel Neal (el yanqui) viene dos veces por año. Dica cursos de estrategia y aprovecha para cazar. Cuando volví en 1973 Fermín estaba afilado al máximo. El coronel quedó deslumbrado. Desde entonces lo contrata por abril y octubre. “Lo que sería esa nariz sí le abrirían el tabique”, sugirió. Dos mil dólares, más la operación. Sin cartilago, Teddy identifica cualquier olor a setenta metros, a cien, y avisa. Diez mil dólares ofrece el coronel para llevarlo a África. Como no me ve convencido propone que también vayayo como choper y cocinero. Mi mujer no acepta. “Después de todo, lo mejor que tiene Teddy se lo debe a la diáspora”, dice sonriendo, pero en broma. El coronel le puso Teddy. No me gustaría que le quede ese nombre. Confo en la tradición. Yo esperaba cada año las fiestas de Pamplona. No existe San Teddy capaz de competir con San Fermín. Siento, Gonzalo, que sería sacrilegio encerrar en una escuela a una criatura criada para la vida silvestre como Teddy. ¿Qué habría sido de Manolo Caracal si en lugar de dejar que se dedicara al canto jondo le hubieran hecho estudiar bromatología? Por lo de la triquinosis, digo.